



© Mariano Martín Rodríguez

Un poema alegórico inédito de Ángel Guimerá

Edición e introducción de Mariano Martín Rodríguez

Ángel Guimerá¹ (1845-1924) es conocido sobre todo por sus obras catalanas, especialmente por dramas rurales de estética naturalista como *Terra baixa* [*Tierra baja*] (1896), que se tradujo a varios idiomas y forma parte del canon indiscutible del teatro de su época. Menos conocida, aunque igualmente valiosa, es su poesía, especialmente la narrativa breve, la cual cultivó, también en catalán, con una pericia estilística sobresaliente y con singular originalidad por sus asuntos. Entre sus poemas de tema histórico, destacan algunos que recrearon períodos no demasiado visitados por los ingenios españoles de su tiempo, como el ibérico en su célebre y vehemente versión épica de la rebelión de «Indíbil i Mandoni» [*Indibil y Mandonio*] (1875; *Poesies* [Poesías],

1887) contra los invasores romanos. Más original aún es otro poema ambientado en un reino imaginario del antiguo Oriente titulado «L'honor real» [*El honor real*] (*Poesies*, 1887), ya que es, que sepamos, el primer ejemplo en catalán de algo hoy tan influyente y popular como es la fantasía épica o alta fantasía, además de ser sin duda uno de los poemas más hermosos y potentes en cualquier lengua o época de ese género de ficción. Todas estas obras han consolidado su posición como uno de los grandes clásicos del canon literario catalán. En cambio, se conoce mucho menos su obra en su lengua materna, que era el castellano, pues nació y se crio en la isla canaria de Tenerife. El catalán lo tuvo que aprender más adelante, cuando se mudó a Vendrell con su familia en 1853.

¹ Seguimos la costumbre del autor y de su época de emplear la versión castellana de su nombre para sus obras en este castellano y la catalana para las escritas en este otro idioma.

Su adopción del catalán como única lengua literaria fue, además, relativamente tardía, pues su primera producción, enteramente poética, la escribió en castellano. Por decisión propia, sus obras en esta lengua quedaron inéditas, aunque el hecho de que no las destruyera, sino que la recogiera en cuadernos en limpio, sugiere que no las tenía por deleznable y que incluso redactó y copió su versión definitiva y publicable, tal y como se puede observar en los manuscritos sin tachaduras digitalizados y puestos en línea por la Biblioteca de Catalunya, benemérita institución a la que nunca agradeceremos bastante esta iniciativa.

Esta obra en castellano la dio a conocer en parte su gran biógrafo Josep Miracle (1904-1998) en la revista cultura canaria *Gánigo*, en la que vio la luz en 1954, entre otros poemas, una fantasía sobre el origen mítico de las Canarias titulada «Las Islas Fortunadas», que Guimerà escribió al parecer a principios de la década de 1860 y que presenta, en un estilo que recuerda las grandes fábulas mitológicas barrocas españolas, un mito de origen inventado por él y sin precedente ovidiano alguno, de modo que cabe considerarla un temprano ejemplo de *mitopoiesis* precursora (o pionera) de la fantasía épica. Otros poemas castellanos suyos de asunto fabuloso son algo menos originales. Entre ellos, tuvimos el honor de publicar por primera vez el titulado «El pez Nicolao»², que es una versión juvenil y estilísticamente no muy brillante de una conocida leyenda medieval suditaliana acerca de un muchacho capaz de permanecer largo tiempo bajo el mar, pero que acaba pereciendo por la exigencia tiránica de su rey de ir a buscarle allá abajo un anillo que

había arrojado para que el joven demostrara sus dones marinos. Ahora proseguiremos esta tarea de publicación sacando a la luz en su integridad «El Sueño y la Muerte»³, un poema del que Miracle solo publicó las cinco primeras estrofas, en las que Guimerà evocó el paisaje canario en tono épico, incluso con una alusión al «fondo del Atlante», esto es, al hundimiento de la Atlántida según la celeberrima neoleyenda platónica. El resto lo dejó inédito el biógrafo de Guimerà, sin duda porque no tenía que ver con Tenerife en la vida y la obra de este, el tema del ensayo en que rescató aquellas estrofas⁴. Se trata, en efecto, de un debate filosófico entre dos ángeles, el del Sueño y el de la Muerte, los cuales porfían en saber cuál de ellos es más feliz, o más bien infeliz, según los pesares y los consuelos que cada uno aporta a los seres humanos en sus respectivas misiones.

En su discusión, que llevan ambos de forma que la propia escritura indica la práctica igualdad de peso de sus argumentos mediante un recurso sistemático al paralelismo, queda indicada también una concepción profundamente pesimista de la vida humana, cuyos sinsabores solo encuentran descanso, provisional o definitivo, gracias a la obra de aquellos dos ángeles. Estos desempeñan con pesar su cometido. Su debate es también una queja que se eleva hasta Dios en su morada celestial, una queja de la que también se hacen eco otros ángeles allí presentes. Sin embargo, Dios no se apiada de ellos ni de nosotros. Los ángeles deberán continuar en nuestro suelo su odiosa y terrible «encomienda». Nos encontramos, pues, ante una divinidad que se caracteriza tanto por su omnipotencia como

² *Hélíce*, vol. 11, n.º 1 (primavera-verano 2025), pp. 198-202, https://www.revistahelice.com/revista_textos/n_38/Olavarria-Guimera-LeyendasMedievales.pdf.

³ El texto reproducido es el del mismo cuaderno manuscrito en el que figura «El pez Nicolao», que se custodia en la Biblioteca de Catalunya con la signatura Fons A. Guimerà, caps 6/1. «El Sueño y la Muerte» figura en sus páginas 37-42.

⁴ «Presencia de Tenerife en la poesía de Guimerà», *Anuario de Estudios Atlánticos*, vol. 1, n.º 4, pp. 449-534, en la p. 56.

por su crueldad. Se trata seguramente del Dios único de las grandes religiones de su época que tienen en común al mítico padre Adán (judaísmo, cristianismo e islamismo), a juzgar por los ángeles y el doble lugar de la acción, que es la tierra canaria, por un lado, y el más allá de esas religiones, por otro. La visión de Guimerá no es, con todo, confesional. En el poema se presenta más bien una determinada postura sobre la vida terrenal e, indirectamente, también sobre la celeste, que aparece como una tiranía a todos los efectos, con Dios como monarca soberbio ante quien los ángeles, al parecer más piadosos y benévolos que aquel, no tienen más opción que mostrar su eterno sometimiento. Esta visión representa un sutil ataque a esta concepción de la omnipotencia divina

vehiculada por las religiones evocadas, incluso por el cristianismo, cuya teología del perdón y la piedad la encarnan en el poema las dos figuras alegóricas puras del Sueño y la Muerte. Ambas como nociones abstractas personificadas, pero a las que Guimerá confiere vida y personalidad al situarlas en un contexto concreto, también en lo que se refiere a ese mundo secundario teológico en el que residen la divinidad y sus servidores. De esta manera, Guimerá revive y dota de un contenido moderno aquel género de ficción especulativa de las ciencias divinas (teología, metafísica, etc.) que es la alegoría de raigambre medieval, y lo hace empleando un verso de tipo tradicional bien manejado que demuestra su buen oficio de poeta, también en castellano.

ÁNGEL GUIMERÁ

El Sueño y la Muerte

El mar, ese gigante poderoso
que irrita con su roce el raudo viento,
alza la frente impávido y furioso,
soltando de sus fauces ronco aliento.

El sol, que viste manto rubicundo,
tiñe las ondas de su luz brillante,
lanza postrer mirada sobre el mundo,
y abísmase en el fondo del Atlante.

Y la tierra impregnada de vapores,
al faltarle el aliento soberano,
se reviste de pálidos colores
de la frondosa cúspide hasta el llano.

En tanto, de los mares se remonta
nube ligera, que el espacio hiende,
que cambia de color, mil veces pronta
sobre selva aromática descende.

Y sube por los ámbitos del cielo

armonía de pájaros cantores,
y viste la aspereza de este suelo
tupida alfombra de variadas flores.

Allí, bajo feraz, verde palmera,
dosel que la natura desplegara,
se hallan dos seres, de mirada austera,
cual si célica llama iluminara.

En su rostro divino, la belleza
allí dejó sus primorosas galas.
Un destello de Dios les dio grandeza,
y la nieve el blancor para sus alas.

Fraternal el amor que se profesan,
se cuentan su pesar y su quebranto;
y alzando la mirada al cielo, expresan
de do viene el origen de su llanto.

Es el uno, al llegar la noche oscura,
ángel que sobre el hombre sueño vierte;

y el otro, según orden de la altura,
en la tierra es el ángel de la muerte.

Los dos, bajo la sombra del misterio,
los brazos enlazados, suspiraban,
quejándose del duro ministerio
que en medio de este diálogo expresaban:

EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Tú eres feliz: los pliegues de la noche
llevan el germen de letal beleño,
y al ruido de las ruedas de tu coche
se abisma el hombre en el profundo
sueño.]

A mí me cerca por doquiera el llanto;
el hombre me recibe estremecido,
y mujeres y niños con espanto,
dan a mi nombre solo hondo gemido.

EL ÁNGEL DEL SUEÑO

Tú eres feliz: el hombre que padece
te mira cual si fueras noble enseña;
tú eres brisa suavísima que mece
la nave destrozada en dura peña,

que cuando viste gala el rubio oriente
y vuelve el que padece al trance amargo,
el hombre me maldice; solo siente
que no fuera la muerte su letargo.

EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Tú eres feliz: jamás la criatura
puede fijar en mí firme mirada;
me llama si un hermano la tortura
y, si a su lado estoy, no dice nada.

Y cuando se halla sobre duro lecho,
la conciencia mordiéndole al prescito,
te llama, por poder sobre tu pecho
acallar los latidos del delito.

EL ÁNGEL DEL SUEÑO

Tú eres feliz: jamás los criminales
encuentran en mis brazos nueva calma,
que allí indelebles azuzan sus males
escritos en el fondo de su alma.

Entonces su persona que mancilla,
de mí se aparta con terrible enojo,
amorosa acaricia tu cuchilla...
y el cadalso recibe su despojo.

Callaron los dos ángeles: sus voces
en alas de los céfiros subieron,
a la eterna mansión, y allí veloces
los coros de querubes repitieron,

al pie de la Divina Omnipotencia
que vela sobre trono de zafiros,
y dirige del hombre la existencia,
escuchando sus cantos y suspiros.

Y el Señor a los ángeles ordena
proseguir sin descanso, aquí en la tierra,
el sueño, que adormece larga pena,
y la muerte, que crímenes destierra.

Los ángeles se agitan con espanto
al ver del Hacedor el justo encono;
riegan la tierra con copioso llanto
y doblan la rodilla ante su trono.

La noche se adelanta presurosa
circundando la tierra con su velo...
Los ángeles tras nube vaporosa
su encomienda prosiguen en el suelo.